

EMPERATRICES Y DRAGONES



[9]

EMPERATRICES Y DRAGONES

Rafael Vallbona



menos**cuarto**

Colección *SeisDoble*

Coordinada por Antonio Parra Sanz

© Rafael Vallbona, 2024

© de esta edición, MENOSCUARTO EDICIONES, 2024

Ilustración de portada: MIGUEL NAVIA

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-19964-26-7

Dep. Legal: P-259/2024

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Cardenal Almaraz, 4-1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

«Cuando llegues a Madrid, chulona mía,
voy a hacerte emperatriz de Lavapiés
y alfombrarte con claveles la Gran Vía
y bañarte con vinillo de Jerez.»

AGUSTÍN LARA, *Madrid*

«Como decía mi abuelita:
El que de último ríe, se ríe mejor.»

RUBÉN BLADES, *Pedro Navaja*

«La avaricia rompe el barrio,
fuera buitres de Lavapiés.»

CALLE DEL TRIBULETE, *grafiti*



MANOLO

1

—Tú déjame a mí.

—Aquí lo único que vamos a encontrar es mierda.

—Pues el Nelson sacó quince pavos de una máquina de escribir que encontró en un edificio vacío.

—Pero este no está vacío.

—Pero si ya se están marchando todos los vecinos, tonto. ¿No ves que lo van a reformar para hacer pisos para guiris?

Mientras César empujaba el portón, Hassan ojeaba a ambos lados de la calle para asegurarse de que no había miradas indiscretas. Por suerte, a pesar de estar oxidada y medio descalzada, no hizo falta mucha fuerza para que la puerta cediera y los dos chavales se precipitaran a lo que les pareció una gruta neandertal, aunque en realidad era el zaguán de un destartado edificio del Madrid galdosiano. Avanzaron a tientas por un largo pasillo hasta que tropezaron con el primer escalón. Se agarraron a la barandilla y comenzaron a subir procurando no hacer ruido. El peruano, más decidido y chulillo, abrió el paso.

A pesar de que muchos creyeran que era imposible que un latino y un magrebí fueran amigos, como a la ma-

yoría de chavales del barrio cuyas familias habían llegado desde el último rincón del mundo, eran más las cosas que los unían que las que los separaban: habían nacido en Madrid hacía trece años, vivían en Lavapiés, iban al mismo colegio, eran pobres y soñaban con jugar al fútbol. Todo les conectaba y a menudo una cosa les llevaba a otra. Como a meterse en un viejo edificio que acababa de ser comprado por un fondo buitre con la vituperable intención de echar al vecindario de toda la vida y meter a gente con pasta. Cosas que les suceden a los humildes en las ciudades modernas.

—Oye, tío, aquí todas las puertas están cerradas. La gente todavía no debe de haberse largado —susurró Hassan, a quien la aventurilla no le hacía ni pizca de gracia si no fuera por la promesa de sacarse un dinerillo.

—Vamos a subir al segundo piso, a ver si hay algo. Y si no, nos vamos.

En el momento en que César ponía el pie en el primer escalón, una especie de rayo cruzó en zigzag por entre las piernas de los dos muchachos. No era un haz luminoso y tampoco un latigazo eléctrico, a pesar de que les hizo dar un bote como si fuera un calambrazo. Nada de eso. Fue un restregón suave y tan terso como una frazada.

—Hostia puta —soltó Hassan impulsado por un resorte invisible.

César clavó la mirada en la oscuridad. Dos chinche-
tas incandescentes le miraban fijamente, un instante des-
pués se echó a reír.

—Mira que eres cagueta, ¡pero si es un gato!

—Joder, es que me ha rozado las piernas a tal velo-
cidad que parecía una descarga eléctrica.

Pero el latino ya seguía al bicho por el pasillo hasta
un resplandor que, una vez allí, comprobó que salía de
una puerta entreabierta; un vecino que ya se había lar-
gado, seguro. No se lo pensó dos veces y se coló en el piso
tras el gato. En el interior, la oscuridad era total. Allí no
había nadie más que ellos dos. Se detuvo en lo que parecía
ser un minúsculo recibidor con dos sillas y un paragüero.
Contuvo la respiración. Solo se oían su corazón y los
pasos almohadillados del minino. Ni un susurro, nada.
Eso sí, había en el aire un tufillo raro, herbáceo y dulzón.
Sacó la cabeza por la puerta y le musitó a Hassan que se
acercara.

—Como aparezca alguien nos van a caer encima
todos los monillos del barrio —dijo con voz trémula.

—Aquí no están ni Alá ni el Profeta —dijo burlón
el latino sin que el otro se molestase lo más mínimo—.
Sígueme, a ver que encontramos.

No tardaron mucho en recorrer el piso. Era minús-
culo, mal ventilado y apenas amueblado con un armario
y una cama, en lo que debía de ser la habitación del in-

quilino, una mesa con cuatro sillas en el comedor y un taburete y una cocina de gas butano. Pero el olor empalagoso era intenso y se les metía en la nariz hasta marearlos.

—¿Qué es este olor tan penetrante? —preguntó Hassan.

César abrió la puerta de la única habitación que no habían examinado y se volvió hacia su amigo.

—Para ser moro no te enteras, chaval. Aquí tienes la fuente del aroma.

Los dos amigos contemplaban atónitos un espectáculo del que habían oído a hablar mucho en el barrio pero que no habían visto jamás: la pequeña pieza estaba a rebosar de hachís. Paquetitos envueltos en estaño, fardos amarrados embalados en plástico, enormes plantas de marihuana en apariencia medio mustias. Aquello era un mercadillo.

—No querrás coger nada de eso, ¿verdad? —preguntó asustado Hassan.

—Un poco, ¿no? Para sacarnos los eurillos del fútbol, tío. ¿No habíamos venido a por eso?

El marroquí no lo veía claro. Una cosa era pillar un trasto medio abandonado y venderlo a alguna parada del Rastro por dos perras y otra muy diferente trapichear con droga. Si los pillaban, sería su ruina. El peruano entendía las razones de su amigo, pero era tan tentador y fácil... Con un solo paquete tenían para pagar toda la temporada y hasta para comprar la equipación.